

Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de *Pintia* (Padilla de Duero / Peñafiel, Valladolid)

Carlos Sanz Mínguez*
Fernando Romero Carnicero*
Cristina Górriz Gañán*

1. Introducción

La ciudad vacceo-romana de *Pintia*, un auténtico *oppidum*, es el único yacimiento de su género que se viene excavando de forma continuada desde hace una treintena años, aspecto que llama la atención si tenemos en cuenta la amplitud del territorio vacceo –unos 45.000 kilómetros cuadrados de extensión, distribuidos por la totalidad de las provincias de la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León, excepto la de Soria que perteneció íntegramente a los celtíberos–. Ello testimonia sin duda el pulso débil de la investigación sobre esta etnia prerromana que, brillantemente iniciada con la ya clásica síntesis de F. Wattenberg sobre la *Región Vaccea* (Wattenberg 1959), tan sólo se vio retomada en la década de los noventa del pasado siglo por el área de Prehistoria de la Universidad de Valladolid (Romero, Sanz, Escudero 1993; Delibes, Romero, Morales 1995) y es continuada hoy por el Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” de la misma universidad, cuyos miembros tienen a su cargo las excavaciones en la Zona Arqueológica *Pintia*.

Podríamos decir así que todavía es pronto para poder trazar un panorama general sobre la cultura vaccea, por más que contemos ya con varios estudios acerca del poblamiento (San Miguel 1993; Sacristán *et alii* 1995), monografías sobre algunos poblados (Sacristán 1986; Sanz Mínguez, Velasco 2003) y un cementerio (Sanz Mínguez 1997) e incluso breves trabajos de síntesis (Delibes *et alii* 1995, 88-136; Romero, Sanz Mínguez 1997; Sanz Mínguez, Martín Valls 2001; Sanz Mínguez, Romero 2007), así como con las comunicaciones presentadas a los simposios sobre *Celtíberos* y, en particular, a los dedicados a las necrópolis, el poblamiento o la economía (Burillo 1990; 1995; 1999). A ello cabe sumar las cada vez menos frecuentes intervenciones arqueológicas en yacimientos

vacceos, así como la puntual, a la par que ocasional, publicación de los resultados de dichas actuaciones (Abarquero, Palomino 2006); de ahí que no quisiéramos desaprovechar la magnífica oportunidad que nos brinda esta *IV Reunión Internacional d'Arqueologia de Calafell* para dar a conocer los resultados de nuestros trabajos en *Pintia* en relación con el tema monográfico de la presente convocatoria: el espacio doméstico y la organización social en el Mediterráneo occidental a lo largo del primer milenio a.C.

2. La Zona Arqueológica *Pintia* y el poblado de Las Quintanas

La Zona Arqueológica *Pintia* se localiza en el valle medio del Duero, entre los términos municipales de Padilla de Duero (Peñafiel) y Pesquera de Duero, en la provincia de Valladolid. Asentada en la llanura de la cuenca sedimentaria a orillas mismo del Duero y rodeada de páramos, tiene una extensión de ciento veinticinco hectáreas, distribuyéndose por ambos márgenes del río sus diferentes áreas funcionales. En la orilla izquierda, en el término de Padilla de Duero, se encuentra el poblado de Las Quintanas, cuyas veinticinco hectáreas de extensión se ven delimitadas, salvo en el flanco que da cara al río, por una muralla de doble muro de adobe y foso intermedio, según delata la fotografía aérea; extramuros y a lo largo de todo su perímetro se han documentado arrabales y basureros. A unos trescientos metros al sur del poblado, y separada de él por el cauce del arroyo de La Vega, se ubica la necrópolis de Las Ruedas, con cuatro hectáreas de extensión, además del pago conocido con el bien significativo nombre de Los Cenizales, el *ustrinum* donde durante siglos se cremaron los cadáveres de la ciudad. En la margen opuesta del Duero, ya en el término municipal de Pesquera de Duero, a la que se accedía mediante un vado natural, se encontraba el barrio artesanal de Carralaceña, que alcanza una extensión de ocho hectáreas; dedicado a la producción cerámica, como evidencia la zona de talleres y hornos, contaba asimismo con área residencial y necrópolis propia (Sanz Mínguez *et alii* 2003b).

La intervención arqueológica en el poblado de Las Quintanas se ha desarrollado a lo largo de una trinchera de ocho por cincuenta y seis metros, dividida en siete sectores de ocho por ocho metros, que acoge una compleja estrati-

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D+i (2004-2007) *Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero* (HUM2006-06527/HIST), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

* Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad. Plaza del Campus Universitario s/n. 47011 - Valladolid. csanz@fyl.uva.es, fromero@fyl.uva.es y gorriz@fyl.uva.es.

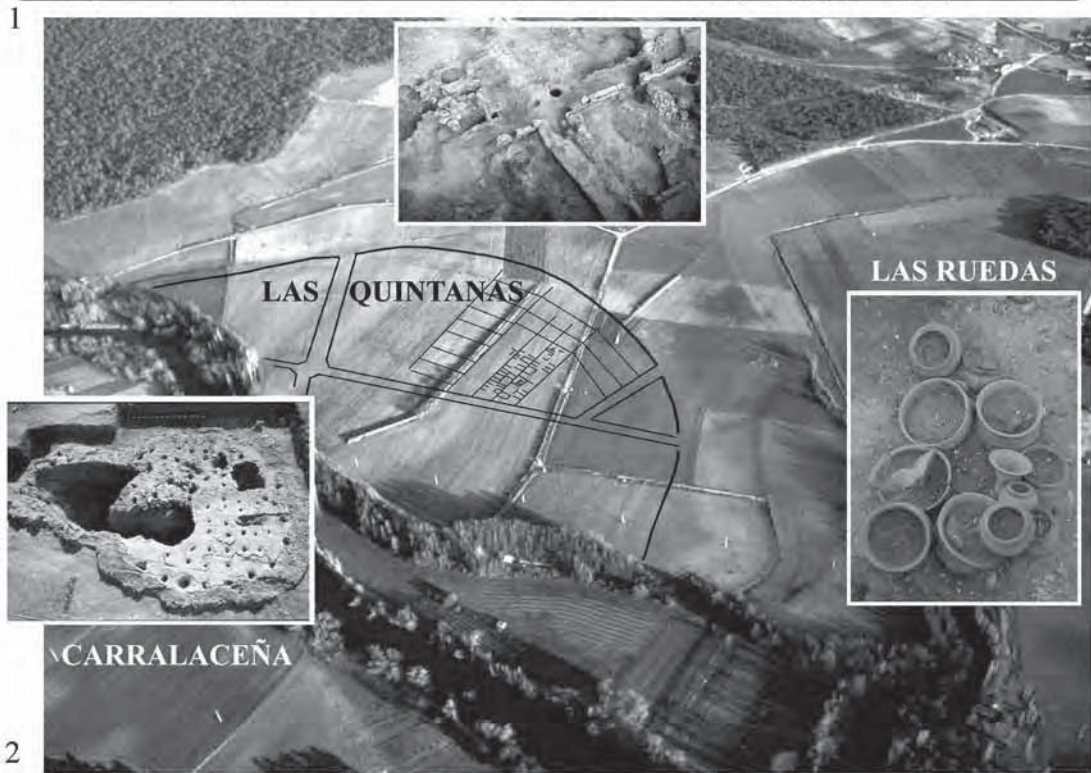
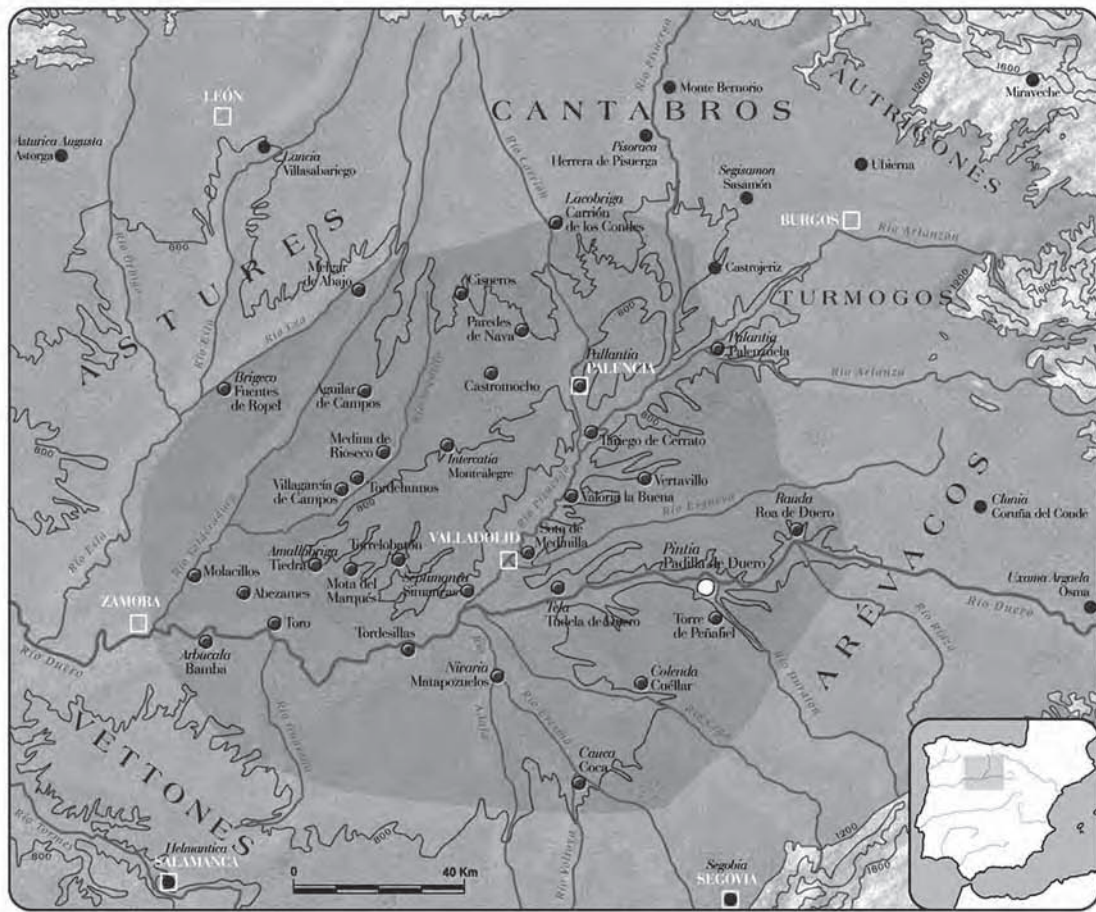


Figura 1. 1) El territorio vacceo y sus ciudades principales. 2) Zona Arqueológica Pintia: vista general con las diferentes áreas funcionales y, en línea, el trazado urbanístico de los niveles más modernos del poblado.

grafía en la que se identifican tres horizontes culturales: tardorromano y visigodo, romano y vacceo.

Corresponde el primero de los niveles a una necrópolis tardoantigua-hispanovisigoda, resultado, sin duda, de la reestructuración del espacio habitacional en la zona intervenida en un momento impreciso, que muy bien pudiéramos situar en el siglo III d.C. (Velasco, Sanz, Centeno 2003). En la misma se exhumaron un centenar de inhumaciones fechadas entre los siglos IV y VII d.C., que evidencian el cambio de ritual funerario habido respecto de las fases anteriores, romana y vaccea. Este cementerio se asentaba sobre el nivel romano más moderno, habiéndose aprovechando para la realización de las cistas que cobijaban a los muertos las piedras de los zócalos de las viviendas, razón por lo que los estratos infrayacentes se encontraron muy alterados.

El siguiente horizonte cultural se corresponde con un nivel romano (Centeno *et alii* 2003), formado por varios estratos de ocupación y caracterizado por una arquitectura de viviendas cuadrangulares con zócalos de mampostería y alzado de tapial. Previamente a la alteración ocasionada como resultado de la instalación sobre el mismo del cementerio tardorromano-visigodo anteriormente mencionado, parece haber sufrido un proceso de abandono lento y voluntario, que probablemente se inició en el siglo III d.C.; ello conllevó que sus habitantes se llevaran consigo la mayor parte de los enseres domésticos, pues los restos recuperados son escasos y fragmentarios, si bien es cierto que la presencia de algunos denarios y fragmentos de *terra sigillata* han proporcionado fechas *post quem*.

Por último, en la trinchera de excavación de Las Quintanas se han documentado, por el momento, las fases más modernas del establecimiento vacceo, fechadas en el siglo I a.C. La más reciente, postsertoriana y preaugustea, aparece de forma discontinua y esporádica a lo largo de la zanja y allí donde se reconoce está cubierta por un importante lecho de cenizas; si, como parece lógico, relacionamos su destrucción con un acontecimiento bélico cabría pensar en las Guerras Cíviles y situarla a mediados de la citada centuria. Mucho mejor conocido nos es el nivel infrayacente (Centeno *et alii* 2003), último de los excavados hasta la fecha. Las estructuras de habitación descubiertas, realizadas en barro y madera, aparecen colmatadas por un denso nivel de derrumbe, fruto de la destrucción violenta por incendio que asoló esta parte del poblado, probablemente en el contexto de las Guerras Sertorianas; dicho colapso obligó a sus habitantes a abandonar la mayor parte de los enseres domésticos, que en muchos casos aparecen en su lugar originario, aplastados o deformados por la combustión.

Por otro lado, el vaciado completo de un pozo de más de cuatro metros de profundidad, excavado en el siglo II d.C., ha permitido apreciar la potente secuencia estratigráfica del sector; su lectura indica la presencia de otros cinco niveles de ocupación más antiguos, por debajo de aquél del siglo I a.C. a que hacíamos referencia en el párrafo anterior, todos ellos destruidos también, según parece, por incendio. En los inmediatamente anteriores al nivel sertoriano se alisaron los derrumbes y se nivelaron con cenizas para poder construir encima. Por el contrario, en las fases más antiguas parece

que se retiraron los escombros, por cuanto sobre los niveles de suelo quemado se extendió únicamente otro de cenizas mezcladas con tierra, estando, por tanto, prácticamente ausentes los groseros derrumbes de adobes y enlucidos.

3. Las Quintanas: urbanismo y viviendas en época sertoriana

Poco es, en otro orden de cosas ya, cuanto se puede señalar a propósito del urbanismo en *Pintia*. Con todo, y a pesar de la limitada información que nos ha aportado la excavación en trinchera, la fotografía aérea ha sido el complemento idóneo a la hora de hacernos una idea del mismo, pues nos ha permitido formular algunas hipótesis al respecto; hipótesis que han podido ser contrastadas y confirmadas, posteriormente, en el curso de las excavaciones. Así, y a partir de la fotografía aérea, se observa el trazado de dos grandes vías de unos veinte metros de anchura, que atraviesan la ciudad en sentido SE-NO y NE-SO y generan una especie de plaza en su intersección; dado que hay que suponer que corresponden a la fase más moderna de la ciudad, entendemos que se trata del *cardus* y el *decumanus* de la *Pintia* romana. De estas avenidas surge un trazado de calles transversales y paralelas subsidiarias, que organizan el espacio en forma de retícula generando manzanas cuadrangulares; finalmente, otras calles más pequeñas limitan espacios más reducidos, aquellos ocupados por cada una de las viviendas y demás edificios (Sanz Mínguez *et alii* 2003b, 52-58). Las excavaciones de la trinchera, así como el seguimiento realizado en marzo de 2005 con motivo de la renovación de las tuberías de riego que afectan al poblado, han permitido documentar, si no un urbanismo incipiente, si una suerte de retícula que organizaba el espacio del *oppidum* cuando menos desde el siglo I a.C. Además, se ha podido observar cómo los muros de las casas de la *Pintia* sertoriana coinciden en orientación con los cimientos de las construcciones de época altoimperial, de tal suerte que las puertas de las viviendas se abrirían a unas calles secundarias, con orientación norte-sur, que a su vez confluirían en las avenidas principales que articulaban todo el espacio urbano.

A nivel semiespacial se han documentado una docena de casas, numeradas de la 1 a la 12, y si bien es cierto que se han identificado una o varias estancias en cada una de ellas hay que indicar que ninguna ha podido conocerse en su totalidad, puesto que todas ellas exceden los perfiles de la zanja de excavación. Con todo, y pese a los límites que ello impone a la percepción global de una vivienda vaccea, creemos contar con datos suficientes como para ofrecer una aproximación al sistema constructivo vacceo y a los aspectos generales de su vida cotidiana. En primer lugar, cabe señalar que todas las viviendas excavadas corresponden a una misma manzana, que hay que presumir rectangular, y que las traseras dan a un estrecho callejón, de medio metro de ancho, orientado de norte a sur; sus puertas se abrirían por tanto, al este y oeste, a sendas calles paralelas.

La cimentación de los muros principales consiste en una viga de madera encastrada en una zanja a partir de la cual se alzan las paredes; éstas son de adobe y tapial, cobijan algunos postes y no superan los veinticinco centímetros de grosor.

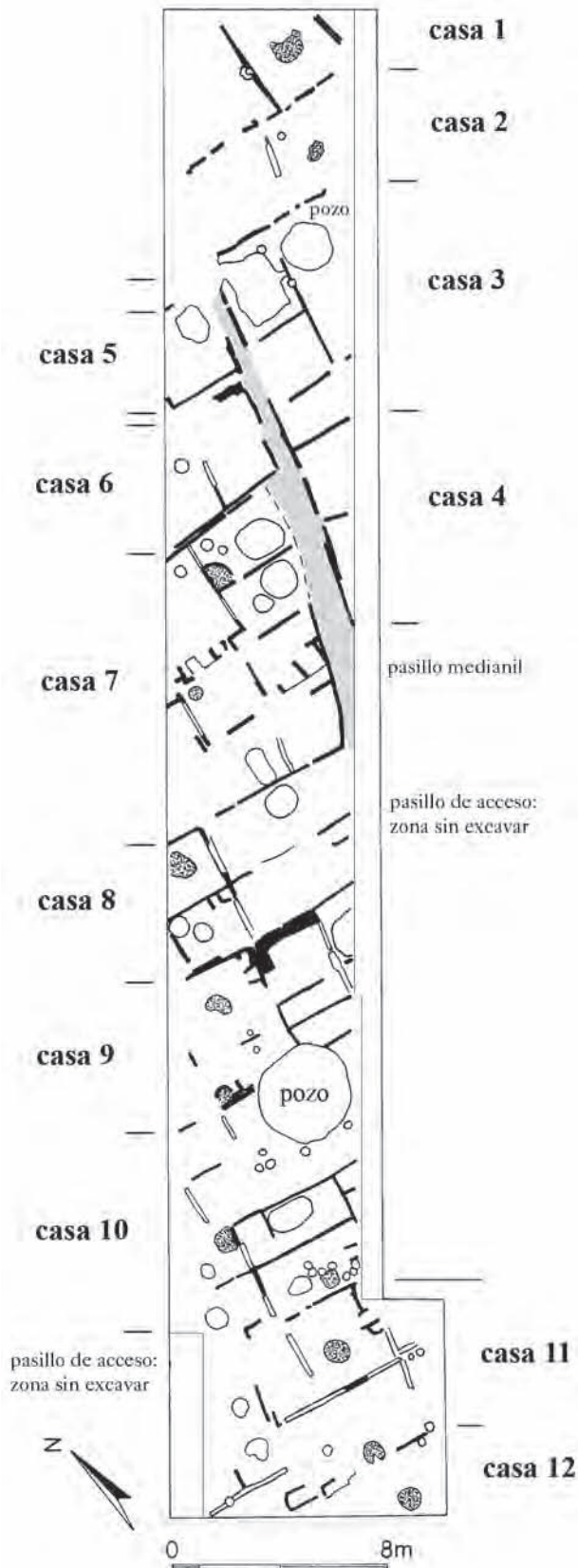


Figura 2. Planta de los niveles sertorianos de la trinchera de excavación del poblado de Las Quintanas con indicación de las doce viviendas documentadas.

Además, y por lo que se refiere a este punto, la excavación de la casa número 8 aportó otros datos reveladores: uno de sus muros, que conservaba en pie cuatro hiladas de adobes, dispuestos a soga, se había desplomado sobre el suelo de una de sus estancias, pudiéndose contar otras quince hiladas más, y, dado que la altura de los adobes es de unos diez centímetros, podemos asegurar que el lienzo tenía, como mínimo, dos metros de altura; además, se pudo comprobar que el hoyo de poste embutido en los restos de muro conservados en su posición original, coincidía en la parte caída del lienzo con el negativo de un poste que no alcanzaba la parte más alta del mismo, pues tan sólo se elevaba un metro de altura a partir del suelo de la casa. Las paredes estaban revocadas con barro y, en ocasiones, pintadas de blanco y rojo. Algunos de los postes, tanto de la pared como los situados en medio de las habitaciones, servirían de sustento a una techumbre presumiblemente vegetal y conformada con ramaje, paja y tal vez cierto mantecado. Por último, el piso de las diferentes estancias interiores estaba realizado con arcilla apisonada, sobre echadizos de cenizas que tenían función niveladora y aislante.

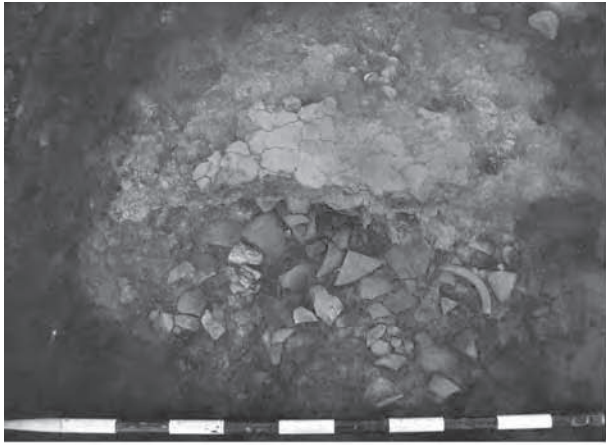
En general, las casas presentan planta cuadrangular, pudiendo variar su superficie entre los treinta metros cuadrados que miden las más pequeñas y los más de cien que alcanzan las de mayores dimensiones; ello, como es obvio, se traduce en una diferente compartimentación interna y en un número menor o mayor de estancias. Por lo regular presentan tres áreas funcionales: la zona de almacenamiento, situada al fondo de la casa, una zona intermedia, la más importante de las tres y en la que se realizan la mayor parte de las actividades de la vida cotidiana, y, en la parte anterior, una especie de vestíbulo que se abre a la calle; áreas que normalmente coinciden con otras tantas estancias y que se encuentran separadas por tabiques de adobe o tapial o por un entramado de ramas revocado con una capa de barro. Las de mayores superficies ofrecen una distribución interna más compleja, distribuyéndose los ambientes funcionales entre las diversas estancias y presentando en ocasiones ciertos elementos que debieron hacerlas más confortables, datos todos ellos que debemos entender reflejo del diferente estatus social de sus habitantes.

4. Elementos estructurales y muebles en los diferentes ámbitos domésticos

Las estructuras y enseres muebles que permiten caracterizar los diferentes ambientes y su funcionalidad en las viviendas vacceas son elementos relacionados con el fuego, el almacenamiento, la molturación, el tejido o la celebración de banquetes.

4.1. Elementos relacionados con el fuego

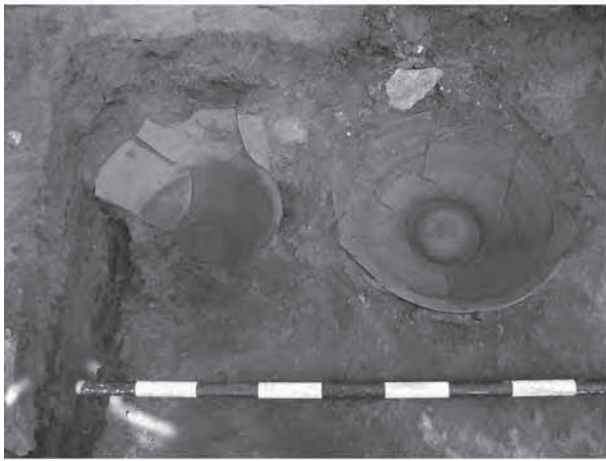
En relación con el fuego debemos hacer referencia a los distintos tipos de hogares y hornos que se han documentado en el poblado pintiano de Las Quintanas. Los hogares, localizados a ras de suelo y generalmente ubicados en el centro de las habitaciones, presentan planta circular y en torno al metro de diámetro; constan generalmente de varias capas



1



2



3



4



5



6

Figura 3. Detalle de diversos elementos funcionales de Las Quintanas: 1) Sección de un hogar circular a ras de suelo. 2) Horno de la casa 11. 3) *Dolia* encastradas en la casa 8. 4) Posible vasar en una de las estancias de la casa 9. 5) Acumulación de *pondera* en el centro de una estancia de la casa 10. 6. Molino *in situ* en la casa 9.

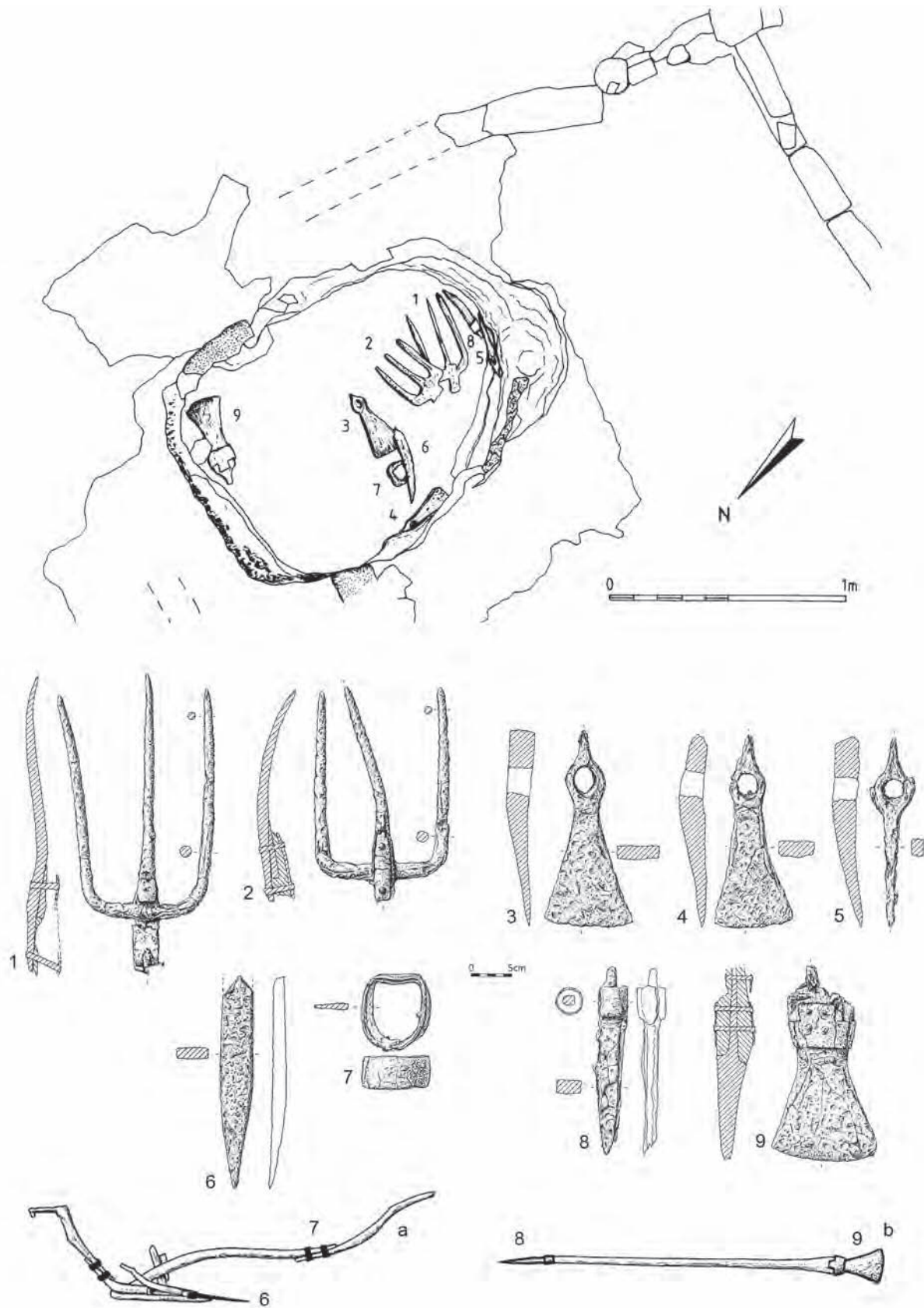


Figura 4. Planta del almacén subterráneo de la casa 5 y conjunto de aperos hallados en su interior: horcas (1 y 2), azadas (3 y 4), pico (5), reja de arado (6), vilorta (7), hijón (8) y gavlán (9). Reconstrucción del arado (a) y el gavlán (b), con indicación de las piezas recuperadas en el depósito.

de arcilla mezclada con elementos de alto valor refractario, tales como fragmentos de cerámica o cantos rodados, sobre las cuales se dispone la solera, una placa de arcilla cuarteada por la acción del fuego. Algunos de estos hogares presentan un reborde perimetral de barro endurecido, un rasgo que caracteriza también a aquellos otros que, con idéntica estructura a la de los descritos, se encuentran adosados a las esquinas de algunas estancias y que entendemos pudieran servir para conservar un rescoldo que mantuviera una cierta temperatura en la habitación, posiblemente en la noche, lo que permitiría contemplarla como dormitorio.

Por lo que a los hornos se refiere, tendremos en cuenta en primer lugar, aquellas estructuras cúbicas o paralelogramáticas de adobe, de unos treinta centímetros de alto, con una boca más o menos amplia en su frente, pero en cualquier caso lo suficientemente reducida como para pensar que en su interior sólo se introdujera el combustible, en forma de brasas quizá; contribuirían a conservar el calor dentro de los mismos unas tapaderas de arcilla, generalmente lisas, por más que una que se mantenía en pie delante de la boca de uno de los hornos de la casa número 11 presentara, aplicada, una figura zoomorfa en perspectiva cenital. Vista la práctica imposibilidad de preparar alimentos en su interior y habida cuenta su cubierta plana, hay que suponer que el cocinado tuviera lugar sobre su parte superior, de ahí que hayamos dado en denominarlos hornos-placa. Algunos aparecen aislados, mientras que otros se han encontrado en batería, en número de dos o tres, caso este último el documentado en la mencionada casa 11. Por su parte, los que aparecieron aislados en las casas números 7 y 10 presentan mayor tamaño y, aunque no conservaban la cubierta, cabe suponerla abovedada; este último dato y la mayor envergadura de su boca, permiten pensar que la preparación de los alimentos pudiera realizarse en su interior.

Finalmente, se han encontrado elementos muebles relacionados con el fuego y vinculados a los espacios dedicados al procesado de alimentos; así, ganchos, que servirían para suspender calderos sobre el fuego, o parrillas, como las que se han documentado miniaturizadas en varias tumbas de la necrópolis de Las Ruedas. En la casa número 11, junto a un vasar se localizaron restos de cadenas articuladas con anillas y ganchos de hierro que pudieron servir también como elemento suspensorio de calderos.

4.2. Sistemas de almacenamiento

Por lo que se refiere a los sistemas de almacenamiento, tres son los que hasta la fecha han podido identificarse en Las Quintanas de *Pintia*, a saber, los almacenes subterráneos, los silos y las grandes vasijas.

Consideramos almacenes subterráneos a los grandes hoyos, más o menos circulares, practicados en el suelo con el fin de guardar productos de uso no diario, cuyo cierre tendría lugar muy probablemente mediante un entablado. En uno de estos almacenes, el correspondiente a la casa número 7, se recuperó un sedimento poco pesado y de aspecto esponjoso, que sospechamos pudiera corresponder

a lana y que debió recogerse allí a la espera de ser empleado en las labores del telar que sabemos estaba instalado en otra habitación de la misma vivienda. El almacén más destacado es el hallado en la última estancia de la casa número 5, en el que se encontró un conjunto de aperos –dos horcas, dos azadas, un pico, la reja y la vilorta de un arado y las dos piezas de una restoba o gavilán: el hijón o aguijón y el gavilán propiamente dicho–, todos ellos de hierro; un completo conjunto en el que como podrá apreciarse faltan únicamente aquellos útiles vinculados a la siega, es decir, las hoces. No menos importante es el hecho de que sobre dichos aperos apareciera una bolsada de cereal carbonizado: unos diez litros de capacidad de trigo común/duro que, a juzgar por los restos de fibra vegetal que se apreciaron adheridos a una de las azadas, debían conservarse en un saco (Hernández Valverde 2003, 329). Un dato este último nada desdeñable, pues, al margen del valor intrínseco del depósito, acrecienta su interés de admitir que dicho grano fuera la reserva prevista para una próxima sementera; en efecto, ello nos permite contemplar que la destrucción por incendio de la vivienda tuviera lugar en los meses que median entre la recolección y la siembra, lo que, de tener en cuenta, según parece, que el cultivo fuera de ciclo largo –con siembras en otoño y recogidas a principios del verano–, nos situaría entre los meses de julio y octubre (Mariscal, Cubero, Uzquiano 1995, 433-440; Cubero 1999). Es más, ello permitiría abundar en la importancia que en la economía vaccea tuvo el cultivo de los cereales, algo de lo que teníamos noticia a través de las fuentes clásicas pero en lo que no vamos a entrar ahora, más concretamente del trigo y aún en el posible monocultivo del trigo común/duro (Sanz Mínguez *et alii* 2003a; Romero 2007).

El más común de los sistemas de almacenamiento es el de los silos que, excavados en el suelo y enlucidos en su interior o acogiendo una gran vasija, permitían conservar productos de consumo más inmediato, como el trigo o las bellotas, tal y como pudo apreciarse en la casa número 7, donde aparecieron contenidos en sendos silos; en la casa número 11 otro silo conservaba trigo, en tanto que las bellotas se recogieron sobre unas tablas, quizá por estar a punto de ser procesadas. El almacenamiento de líquidos parece que se realizaba en *dolia*, grandes vasijas que, en la mayor parte de los casos presentaban su base encastrada en el suelo y ocasionalmente, como ocurre con una localizada en la llamada “estancia del banquete”, ofrecieran su cuerpo recubierto de barro y paja para, sin duda, mantener fresco su contenido; en relación con ello cabe recordar cómo en la casa número 9 se identificó lo que parece ser un vasar corrido, sobreelevado del suelo unos cinco centímetros y con cuatro hoyos, que suponemos sirvieran para encastrar otras tantas vasijas, al estilo de cómo se hiciera, hasta no hace tantos años, en las cantareras ubicadas en los zaguanes de las viviendas rurales. En algún otro caso se ha podido constatar cómo estas grandes vasijas se encastraban en el suelo hasta la altura de su hombro, en una ocasión decorado con un friso metopado pintado en negro, al objeto, también, una vez más, de procurar la adecuada conservación de su contenido.

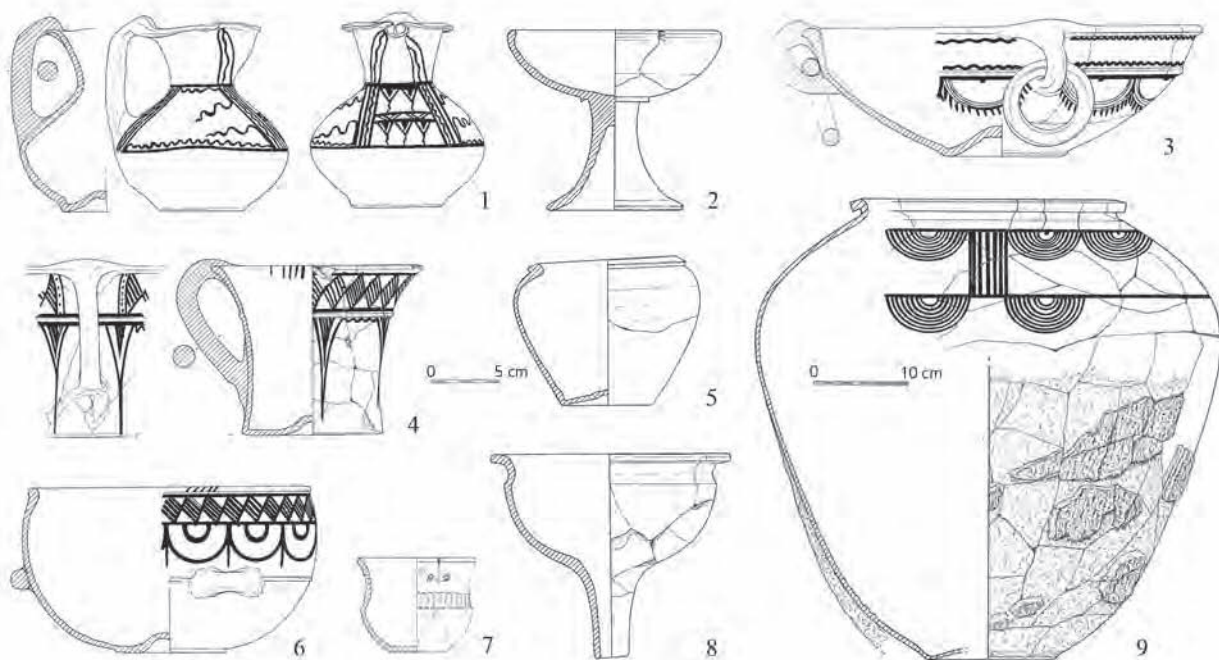
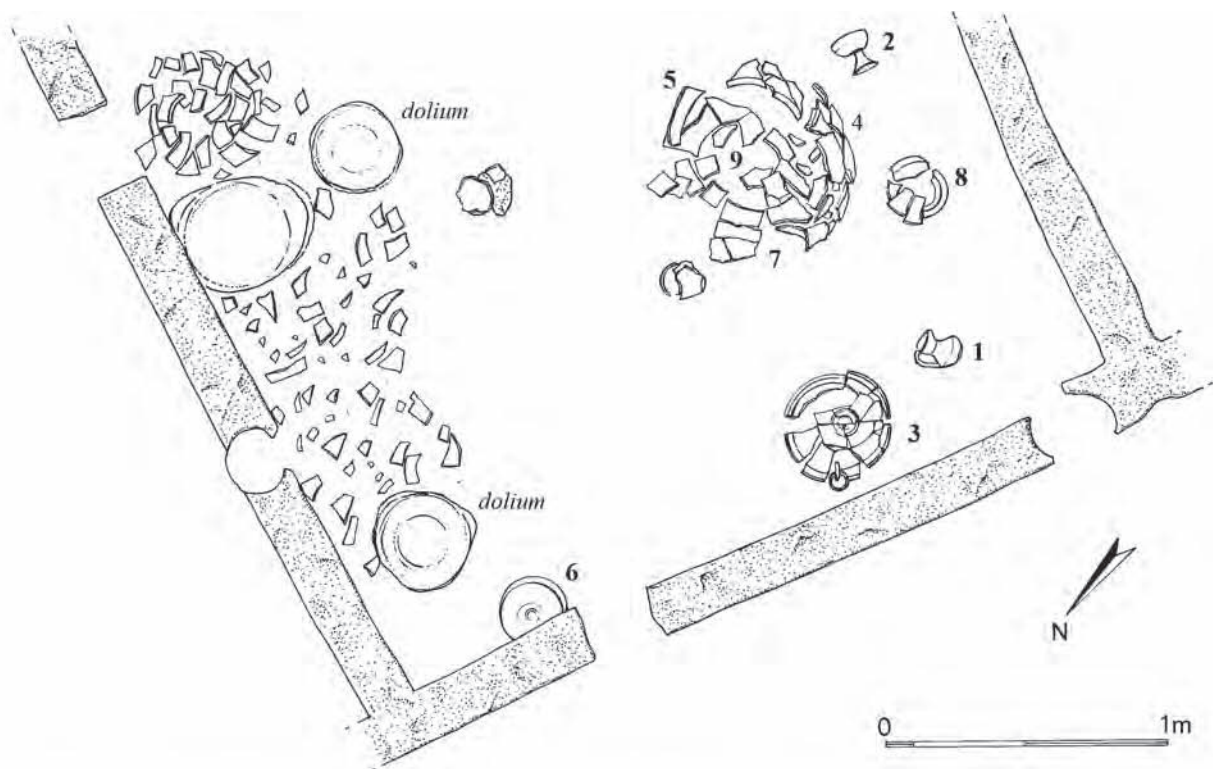


Figura 5. Planta de la “estancia del banquete” y ubicación de sus diferentes enseres cerámicos: jarra (1), copa (2), fuente (3), taza (4), olla tosca (5), cuenco (6), vasito acampanado (7), embudo (8), *dolium* (9).

4.3. Molturación de granos y frutos silvestres

El proceso de molturación se realizaba en una zona concreta de la casa, ante la dificultad de trasladar de un lado para el otro las pesadas ruedas de molino que, probablemente, estarían sobreelevadas en relación al suelo para facilitar su

uso. Parece que los granos que iban a ser molidos eran acumulados en el suelo, sobre tablones de madera, tal y como hemos comentado anteriormente en relación con las bellotas y ha podido apreciarse en este caso en las casas números 3 y 11, o se mantenían en el interior de una vasija, de tamaño manejable ahora. El único molino recuperado *in situ* hasta

hoy en Las Quintanas, un raro ejemplar de esquisto circular del que se conservaban las dos partes, mostraba recubierta la cara superior de la parte activa revocada con barro y recrecido el borde de su orificio central, formando una especie de embudo, lo que sin duda facilitaría el vertido del grano; se localizó sobre una acumulación poco usual de adobe muy suelto, posiblemente una suerte de banco realzado, bajo la cual estaba una vasija con restos de grano carbonizado. No olvidamos el hallazgo de otras piedras de molino, generalmente empleadas con otras funciones o fragmentadas; por otro lado, la ausencia de piedras activas puede deberse, como en otros poblados destruidos por incendio (Guérin 1999, 85-99), a la rebusca de las mismas y su continua utilización ante el trabajo que implicaba su realización.

4.4. La actividad textil

La actividad textil se pone de manifiesto a partir de la presencia de estructuras de telar, como las atestiguadas en las casas números 7 y 11, así como por varias acumulaciones de *pondera* y fusayolas en estas mismas y en la casa número 10 (Romero, Górriz 2007a). En la vivienda número 11, y junto a cuatro pesas de telar de una cierta envergadura, pues cada una de ellas pesaba en torno a los tres kilos y medio, se documentaron varias maderas carbonizadas, cuya distribución permitió pensar correspondieran a lo que había sido un telar vertical, a los pies de una estructura de adobe que serviría para su sustentación; además, en otra estancia adjunta de la misma casa, posiblemente un pequeño almacén, se encontraron otros cinco *pondera*, de menor tamaño y peso, y un juego de nueve fusayolas. En la casa número 7, aquella en la que, como queda indicado, se recuperó un sedimento que identificamos con lana en un almacén subterráneo, se documentó en una de sus habitaciones una estructura de adobe similar a la que acabamos de comentar, encontrándose en sus proximidades una acumulación de carbones y cuatro *pondera*, además de otros tres dispersos entre el derrumbe que cubría el suelo de la estancia. La que se ha identificado como casa número 10 ofreció tres conjuntos de *pondera*: el primero de ellos, integrado por cuatro ejemplares se encontraba en el interior de una estructura de almacenamiento cuadrangular; otros once estaban agrupados en medio de una estancia, alrededor de un hoyo con cenizas y madera carbonizada; finalmente, nueve más se localizaron junto a una pared de otra estancia, en muy precario estado de conservación. Las evidencias de actividad textil se corresponden con las viviendas más importantes y estructuralmente más complejas, por lo que cabría pensar que se tratase de una actividad colectiva, siendo las familias de mayor estatus las propietarias de los muebles y útiles que en ella intervienen (Guérin 1999).

4.5. El banquete

La celebración de banquetes, práctica social que se daría entre las élites como elemento de prestigio y cohesión social, queda atestiguada en Las Quintanas en la que hemos denominado “estancia del banquete”

(Romero, Górriz 2007b); una habitación de planta rectangular de la casa número 4 de la que, por desgracia, apenas conocemos cuatro metros cuadrados, ya que ha sido imposible excavar el resto de su superficie al quedar oculta bajo el perfil de la trinchera de excavación. En la misma, repartido por el suelo y aplastado, se exhumó un relevante conjunto de vasos cerámicos: así, por un lado, un vasito de perfil acampanado y superficie negra bruñida, una taza con decoración pintada, una olla de cerámica común y una gran vasija de almacenamiento, decorada en su hombro asimismo con pinturas, que, encastrada en el suelo, presentaba en los dos tercios inferiores de su cuerpo, como se ha indicado con anterioridad, una capa de revoque de arcilla y paja; en el extremo opuesto de la estancia se recuperaron otros dos grandes recipientes de almacenaje junto con una importante cantidad de trigo carbonizado; en un tercer sitio comparecían un embudo, una copa de esbelto fuste, una pequeña jarra de pico y una gran fuente con un asa de la que colgaba una anilla, decoradas con motivos pintados estas dos últimas, finalmente, y también decorado con motivos geométricos pintados, un cuenco semiesférico.

Un nutrido conjunto, como puede apreciarse, que, en principio, cabe asociar, en buena medida, a la conservación y consumo de bebidas, algunas de ellas alcohólicas, e ingesta de viandas; una vinculación al banquete que, si *a priori* podía establecerse a partir de las formas de las propias vasijas y de los resultados de los análisis de residuos de otras de perfiles análogos, recuperadas en el mismo poblado pero sobre todo en la necrópolis también pintana de Las Ruedas (Tresserras, Matamala 2003), han venido a confirmar recientemente los resultados de las analíticas de residuos contenidos en algunos de los vasos que comentamos. En efecto, la detección en la jarra y en la taza de residuos orgánicos de oxalatos y, además, en la primera de ellas, de otros microscópicos de agregados de gránulos de almidones, en algún caso con señales de fermentación, levaduras y elementos de gramíneas de género *Triticum*, vendría a señalar la posibilidad de que en su día contuviera una bebida fermentada y elaborada con trigo o, lo que es lo mismo, cerveza; la presencia de tartratos en el pequeño vasito indicaría que acogió vino o vinagre; por último, en la fuente debió de presentarse carne, habida cuenta la identificación entre sus residuos de ácidos grasos y colesterol (Romero, Górriz 2007b, 112).

Todavía en relación con cuanto señalamos mencionaremos un último hallazgo, el de un colador de bronce, pésimamente mal conservado y en vías de restauración, aparecido entre los escombros de la casa número 9, en la estancia aneja a donde se encontraba el vasar corrido al que nos referimos líneas arriba relacionándolo con una cantarera.

5. Consideraciones generales

Y es así cómo, tras este rápido repaso, por fuerza un tanto descriptivo, a los distintos indicadores que en el poblado de Las Quintanas evocan los usos dados a los diferentes espacios domésticos, esbozaremos ahora una aproximación

a la lectura social de la ciudad de *Pintia*, en época sertoriana, basada en tres aspectos:

- el proceso de complejidad social detectado a partir de las viviendas, a través del sistema constructivo y la ordenación del espacio,
- el diferente tamaño de las viviendas dentro de un mismo espacio urbano, y
- la presencia de elementos de prestigio.

En relación con el primero de los puntos citados, diremos que la progresiva complejidad social que se aprecia en las comunidades del Duero Medio durante el primer milenio a.C. es claramente observable a partir de la arquitectura doméstica y su ordenación urbana; basta comparar, por un lado, las viviendas circulares, de materiales perecederos primero y de adobes después, con una única estancia, una superficie que raramente sobrepasa los treinta metros cuadrados y escasos indicios de diferenciación social, de la Cultura del Soto, durante el Primer Hierro (Romero 1992; Ramírez 1999), con las vacceas de *Pintia* comentadas páginas atrás, por más que éstas sean ya relativamente tardías y pertenezcan a época sertoriana.

Otro tanto cabe decir en relación con la ordenación del espacio urbano, pues es sabida la dificultad que ello plantea en asentamientos con viviendas circulares como los soteños; de ahí, precisamente, que no debamos eludir las novedades que sobre el particular han proporcionado un par de excavaciones recientes. En La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) las casas se disponen a uno y otro lado de callejas de no más de cuatro metros de anchura, y, lo que no es menos significativo, dichas viviendas integran posibles unidades familiares, junto a anejos-vivienda, almacenes y estructuras culturales, posiblemente cercadas por empalizadas; el modelo, que sabemos se consolida en el lugar durante el Segundo Hierro, se documenta en un momento avanzado de la Cultura del Soto que podemos situar en el siglo V a.C. (Misiego *et alii* 1997). En el límite entre las provincias de Palencia (Osorno) y Burgos (Melgar de Fernamental), en los pagos de Los Riachales y Los Huesos, que se extienden por el norte al pie del páramo que ocupó la, quizá vaccea y más posiblemente turmoga, ciudad de *Dessobriga*, las excavaciones del poblado soteño han sacado a la luz tres calles, asociadas a otras tantas vaguadas naturales, una de las cuales conservaba un empedrado de pequeños cantos de cuarcita, de entre dos y cuatro metros de ancho; una buena parte de las diecinueve cabañas exhumadas en dicho sector, el VI, se ordenan en torno a estos ejes y abren sus puertas a ellos. Aquí, tanto los materiales como las dataciones absolutas, de radiocarbono y termoluminiscencia, fechan la ocupación entre los siglos VII y V a.C., coincidiendo con la fase de plenitud de la Cultura del Soto (Misiego *et alii* 2003, 43-58 y 78-80).

Estos datos, aunque aislados de momento, no dejan de ser altamente interesantes, pues chocan con esa impresión de intransitables que venían ofreciendo no pocos poblados soteños, entre los que cabe traer a colación, sin ir más lejos, el que da nombre a la cultura, el vallisoletano de El Soto

de Medinilla; en efecto, allí, en las dos intervenciones que se han llevado a cabo y a lo largo de su dilatada secuencia estratigráfica –con cinco poblados superpuestos identificados en la primera de ellas (Palol, Wattenberg 1974, 185-193) y once niveles de hábitat en la segunda (Delibes, Romero, Ramírez 1995)–, viviendas y estructuras de almacenamiento aparecían apiñadas, ofreciendo la sensación de un alto hacinamiento. Conviene no olvidar, con todo, que, tanto el yacimiento zamorano como el palentino-burgalés, son los únicos excavados en considerable extensión hasta la fecha; hecho que inevitablemente conduce a que nos preguntemos si el fenómeno no sería mucho más generalizado que lo que en principio aparenta, máxime tratándose de dos lugares tan distantes entre sí, y permite entrever el incipiente urbanismo que hubieron podido desarrollar los poblados soteños, siquiera fuera en las postrimerías de la cultura y, en cualquier caso, a partir de un momento todavía difícil de precisar de su fase de plenitud. Un panorama que contrasta igualmente con lo apreciado en el poblado de Las Quintanas, donde, como hemos visto también, la disposición de las viviendas cuadrangulares en torno a las calles, formando manzanas, preludia ya, cuando menos desde el nivel sertoriano, lo que las excavaciones y la fotografía aérea evidencian para época romana; algo que pudiera ocurrir igualmente en los poblados vallisoletanos de Nuestra Señora de Tiedra (Tiedra) y especialmente en Las Quintanas (Valoria la Buena) por cuanto este último enclave no alcanzó la romanización (Olmo, San Miguel 1993).

Por desgracia desconocemos cuál fue el proceso que condujo a la aparición de los *oppida* vacceos y a la cristalización de su peculiar modelo de poblamiento –lo que no significa que hayan faltado propuestas de base social (Sacristán 1995) o económica (San Miguel 1995)–, aunque la práctica totalidad de los autores parecen convenir hoy en que ello tuvo lugar sin solución de continuidad en relación con el mundo soteño, y tampoco tenemos hitos suficientes como para apreciar lo ocurrido a lo largo de las centurias iniciales de la segunda Edad del Hierro. Sea como fuere, parece evidente que esa sociedad pretendidamente igualitaria que pudieran mostrarnos las viviendas circulares anteriores, por más que no hayan dejado de plantearse las posibilidades que en este sentido pudieran ofrecer sus dimensiones o la presencia de pintura mural (Esparza 1995, 118 y 128; Ramírez 1999, 75) y a cuya resolución nada contribuye el que por desgracia sigamos sin contar con cementerios para ese momento, ha sido sustituida por otra claramente jerarquizada, como se encarga de demostrarnos la necrópolis pintiana de Las Ruedas y puso de manifiesto en su momento uno de nosotros (Sanz Mínguez 1997, 498-504), a partir de finales del siglo V o inicios del IV a.C.

De detenernos ahora en el segundo de los puntos enunciados, el del tamaño de las viviendas dentro de un mismo espacio urbano, habremos de partir reconociendo, una vez más, la penuria de datos con que contamos y, sobre todo, lo aislado o individualizado de los mismos. Si nos remontamos de nuevo a la Cultura del Soto y a lo dicho líneas arriba, es cierto que existen notables diferencias entre las superficies de las cabañas circulares, pues con diámetros internos entre

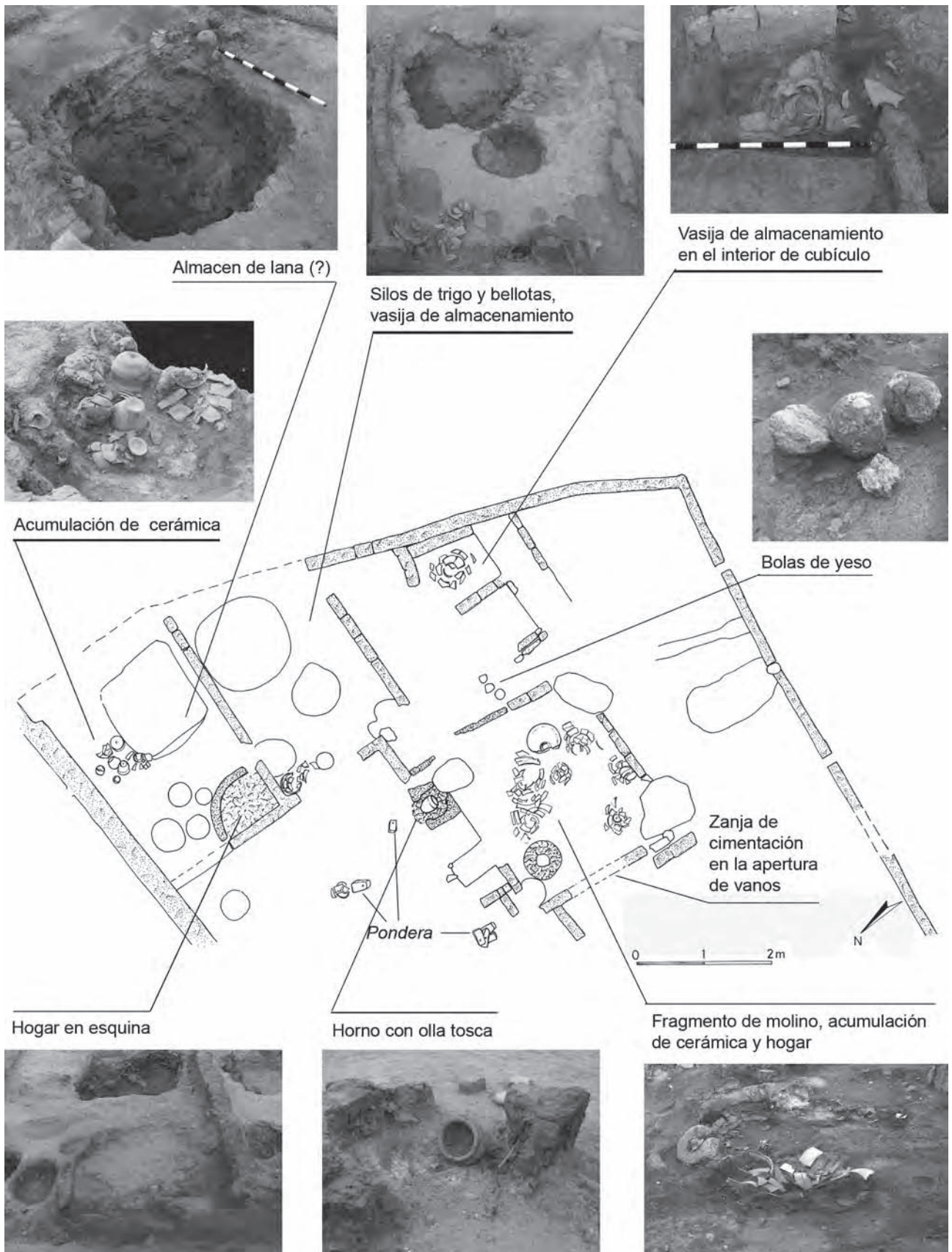


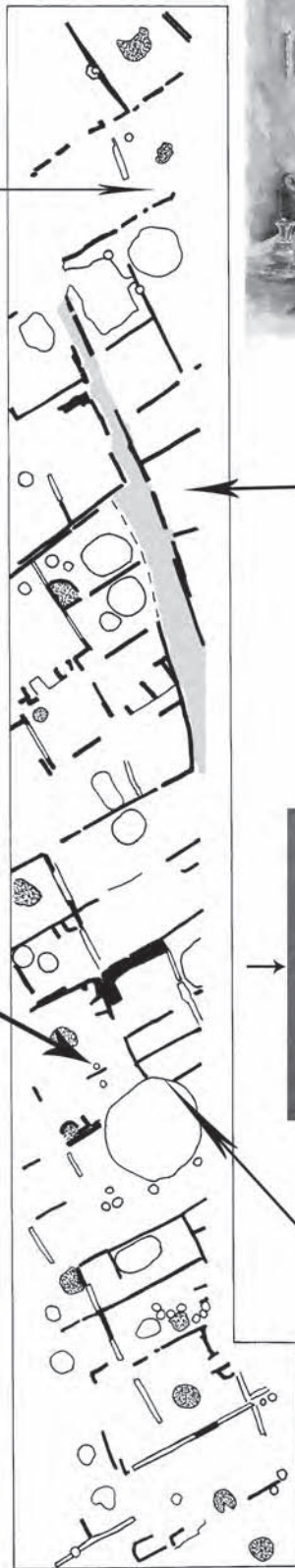
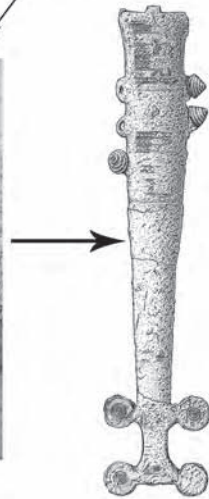
Figura 6. Planta de la casa 7 con indicación de los diferentes elementos estructurales, funcionales y muebles hallados en la misma.



Arracadas de oro



Vivienda del s. I d.C.; ubicación del puñal reliquia. Detalle y dibujo del puñal



0 8m



Vajilla asociada al banquete



Tesoro nº 3



Vasito campaniense



Figura 7. Plano de la zanja de excavación de Las Quintanas y localización de diferentes elementos de prestigio.

los dos y medio y los ocho metros, oscilan entre los cinco y los cincuenta metros cuadrados; ahora bien, no hay que olvidar que tales datos, que se refieren a poco más de setenta viviendas –no quedan incluidas en el correspondiente estudio las de los yacimientos de Zamora y Palencia-Burgos antes comentados–, se insertan en el marco de dos variables, la espacial y la temporal, de amplio margen: por un lado, las viviendas se distribuyen entre una veintena de poblados que se dispersan por buena parte del valle del Duero y, por otro, su cronología cubre la totalidad del desarrollo de la cultura, lo que viene a significar unos quinientos años; una horquilla esta última en la que se inscriben, con idéntico abanico de valores a los citados, las treinta y dos viviendas exhumadas en El Soto de Medinilla, pues las mismas se reparten a lo largo de toda la secuencia estratigráfica (Ramírez 1999, 69 y 76-77). Más ilustrativo en relación con lo que comentamos es lo apreciado en la antigua *Dessobriga*, por cuanto allí las veintinueve cabañas excavadas corresponden a un mismo poblado; se trata, por lo general, de viviendas de tamaño considerable que presentan superficies de entre apenas veinte metros cuadrados y poco más de setenta y cinco, cifrándose su media interna en torno a cuarenta y un metros cuadrados (Misiego *et alii* 2003, 82-83).

En otro orden de cosas, recordaremos cómo las viviendas de la Cultura del Soto presentan habitualmente un sola estancia pues, como ha podido comprobarse en El Soto de Medinilla, las estructuras consideradas almacenes, rectangulares y de adobes, se muestran exentas e intercaladas entre las cabañas; únicamente en el más moderno de los poblados exhumados en las excavaciones de comienzos de la segunda mitad del pasado siglo pudo constatarse cómo algunas de ellas presentaban un vestíbulo en el cual se conservaban grandes vasijas de provisiones, algunas de las cuales contenían restos de cereal (Palol, Wattenberg 1974, 185-193; Delibes, Romero, Ramírez 1995). En Manganeses de la Polvorosa las consideradas unidades familiares incluyen, como queda dicho, estructuras, circulares también como las viviendas, destinadas a almacenes o talleres (Misiego *et alii* 1997). Excepcional por el momento es el caso de tres de las casas del asimismo comentado poblado de *Dessobriga* pues, frente a lo dicho, muestran compartimentación interna; el espacio más reducido, pese a la ausencia de evidencias al respecto, pero en la medida en que no cuenta con banco corrido u hogar, se ha interpretado como área de almacenamiento (Misiego *et alii* 2003, 84).

No es mayor ni mejor, por desgracia, la documentación con que contamos para el mundo vacceo, pues, hasta la fecha, sólo contamos con una vivienda completamente excavada, de la que, por otra parte, apenas si disponemos por el momento de otra cosa que de una breve descripción: la “Casa del Sótano” situada en un espacio amesetado, conocido con el nombre de Las Eras de San Blas, en la localidad burgalesa de Roa, la antigua *Raudas* y fechada entre finales del siglo III e inicios del II a.C. Se trata de una estructura rectangular, de quince metros de longitud por cinco metros y medio de anchura y, por tanto, de poco más de ochenta metros cuadrados de superficie, en cuyo frente se dispone un porche, tras el cual se abre una gran estancia que ocupa

asimismo toda la anchura de la construcción; en su parte trasera se sitúan otras cuatro habitaciones, entre las que destaca una amplia cocina donde se documentaron un molino circular, un horno, varios hogares y algunos vasos de almacenamiento, así como un sótano cúbico de dos metros de lado (Abarquero 2006-2007, 186-187). Dicha vivienda, pese a lo escueto de la noticia y a falta de su definitiva publicación, parece asemejarse en su planta a otras del poblado vetton de El Raso (Candeleda, Ávila) –B1, C1 y C3–; viviendas todas ellas que presentan superficies superiores a los cien metros cuadrados y se fechan, al igual que el poblado, ente finales de siglo III y mediados del I a.C. (Fernández Gómez 1986, 161-172, 279-292, 343-353 y 520-527). Pese a haberse recuperado, muy posiblemente, una pequeña parte de la misma, cabe recordar todavía aquí una vivienda de Las Quintanas de Padilla de Duero, exhumada en 1985 con ocasión de un sondeo estratigráfico; interesa saber que se trata de una construcción de adobes de planta cuadrangular en la que se documentaron tres estancias destinadas a molturación de granos y habitaciones y, lo que es más significativo, que su fecha se remonta a pleno siglo IV a.C. (Gómez Pérez, Sanz Mínguez 1993).

Volviendo a las viviendas pintianas de Las Quintanas que aquí nos ocupan, recordaremos una vez más cómo todas ellas presentan planta cuadrangular y superficies que, aun no habiéndose podido excavar ninguna al completo, podemos estimar de entre treinta y algo más de cien metros cuadrados, variabilidad que se corresponde con un número diverso de estancias e implica una diferente complejidad en su compartimentación interna. Entre las primeras, las más pequeñas, se contarían las casas números 5 y 6, las cuales, atendiendo a los datos que podemos extraer del conjunto exhumado, presumimos que tendrían planta rectangular y su espacio compartimentado en tres estancias –vestíbulo, habitación principal y despensa o almacén–, habiéndose puesto a la luz en la primera de ellas esta última estancia y en la número 6, además, parte de la habitación central, donde se encontró una vasija encastrada en el suelo.

En el otro extremo del espectro, y al margen de la casa número 11, que debió contar con un mínimo de media docena de habitaciones –en una de las cuales se recuperaron tres hornos-placa dispuestos en batería y en la que otra adjunta contó con un telar–, de la que ya hemos tenido ocasión de ocuparnos en otras ocasiones anteriores (Centeno *et alii* 2003, 78-84; Romero, Górriz 2007), merece la pena detenerse ahora en la casa número 7.

Se sitúan en la parte trasera de la misma, alineadas de norte a sur y a lo largo del que hay que suponer fue el lado corto de la casa, cuatro habitaciones. La más septentrional presenta un hogar en esquina, junto al que se excavaron lo que pudieron haber sido cuatro silos; al otro lado se localiza un almacén subterráneo –en cuyo interior se recuperaron restos de un sedimento de escaso peso y aspecto esponjoso que, como comentamos con anterioridad, consideramos pudieran ser de lana–, junto a una de cuyas esquinas figuraba una acumulación de cerámicas que debieron estar guardadas en un anaquel o vasar. En la segunda aparecieron dos silos, más grandes que los anteriormente citados, el mayor de los

cuales contenía trigo y bellotas el más pequeño, y una vasija de almacenamiento. La tercera de las habitaciones aludidas, a la que se accede desde la anterior y presumiblemente también desde la central, presenta dos cubículos, uno de los cuales, el oriental, conservaba una gran vasija; en otro punto de la misma se recogieron varias bolas de yeso. Ningún resto apareció en la cuarta y última, cuyos límites quedan mal perfilados. Delante de las estancias descritas, y hacia el oeste de la casa por tanto, se localiza una amplia habitación, esa a la que nos hemos venido refiriendo como central. En su interior, enfrentada a la tercera de las anteriormente comentadas, de la que parece separarla un estrecho pasillo, se localiza una estancia, prácticamente cuadrada, en cuyo interior se hallaron un hogar, un molino incompleto y varias vasijas rotas. Ya en la habitación principal, adosado por el exterior a la que debió ser la pared norte de esta última, apareció un horno destruido con una olla tosca de cocina y, en sus inmediaciones, varias pesas de telar; en la esquina nororiental se documentó un posible nuevo silo.

Lamentablemente nada más podemos añadir sobre esta vivienda, pues se pierde bajo el límite occidental de la zanja de excavación. Con todo, de lo dicho hasta aquí cabe deducir que al fondo de la misma se dispusieron una serie de pequeñas habitaciones que entendemos estaban destinadas a almacenes o despensas y aún quizás a guardar productos diferentes –lana (?), grano y bellotas, líquidos–; en lo que suponemos el centro de la casa se abre la habitación principal, en la que se encontrarían la cocina y posiblemente el telar, y aún otra estancia dedicada muy posiblemente a la molienda del grano y las bellotas. Una segregación de espacios que, aunque ceñidos exclusivamente aquí a los habitualmente referidos a la condición femenina –cocina y ambientes donde se desarrollaban el tejido o la molienda– parecen apuntar al elevado estatus social de sus moradores (Guérin 1999).

En otras ocasiones tal condición social se desprende del hallazgo de elementos de prestigio generalmente vinculados a los hombres, y con ello entramos ya en el tercero y último de los puntos enunciados atrás. Es el caso, por ejemplo, de aquellas vajillas asociadas a las bebidas alcohólicas y al banquete como la recuperada en Las Quintanas en la casa 4, a la que ya nos hemos referido en páginas anteriores; una vivienda cuya trasera queda enfrentada a la de la casa 7, de la que la separa un estrecho callejón, y de la que apenas conocemos parte de dos de sus habitaciones. Una de ellas, la más septentrional, es la que hemos venido denominando “estancia del banquete”, en la cual, como queda dicho, se recuperó una serie de cerámicas que sabemos contuvieron, en algún caso, carne, cerveza o vino, bebida esta última que no debía de estar todavía, en época sertoriana, al alcance de todos y que suponemos por ello elemento de prestigio.

Otro tanto ocurre con las joyas, documentadas en *Pintia* fundamentalmente en forma de tesoros –por desgracia rescatados al margen de la actividad arqueológica–, cuya ocultación se ha relacionado con las Guerras Sertorianas y, en concreto, con la expedición llevada a cabo por Pompeyo contra las ciudades vacceas de *Pallantia* y *Cauca* el año 74 a.C. –momento al que sin duda hay que llevar el tesoro número 3, compuesto por cuatro torques y dos brazaletes

espiraliformes, de plata todos ellos, recuperado al realizar una zanja de canalización, inmediata a cuyo límite noroccidental se trazó posteriormente la trinchera excavada–, aunque sin descartar su posible relación con la campaña emprendida por Metelo Nepote a fin de sofocar la sublevación vaccea del 56 a.C. (Delibes *et alii* 1993). Con todo y con ello también se han localizado algunas piezas aisladas; es el caso de dos arracadas áureas, simples y en forma de creciente lunar, halladas en una vivienda, la 2, en principio humilde (Romero, Román 2007, 122).

En idéntico sentido podemos contemplar la presencia de elementos alógenos; así, la de un pequeño vasito campaniense, tipo “tintero”, de la forma 7742 de Morel, recogido en el perfil del gran pozo excavado en época romana entre las casas 9 y 10 y correspondiente, sin duda alguna, al derrumbe de la primera de ellas y, por tanto, al nivel que venimos analizando. El hecho de que la pieza que ilustra esa forma se feche en torno al 210 a.C. vendría a sugerir en nuestro caso que debió de pasar de generación en generación por considerarse un objeto de prestigio.

A la vista de esto último no queremos sustraernos a la tentación de traer a colación aquí otro ejemplo de pervivencia que, aunque posterior en el tiempo, creemos altamente ilustrativo en relación con cuanto comentamos. Junto a la esquina de un banco corrido de una casa de tapial de la primera mitad del siglo I d.C. –cuya situación se corresponde con la de la 9 de época sertoriana, una casa de cierta entidad entre las excavadas hasta el momento–, se depositó la vaina de un puñal de tipo Monte Bernorio, con damasquinados en plata, que, por corresponder a la fase de desarrollo 2 del modelo, debemos fechar en la segunda mitad del siglo IV a.C. (Sanz Mínguez 1990; 1997, 427-439); una pieza que en dicho siglo, como avala su presencia en la tumba 28 de la necrópolis pintiana de Las Ruedas, constituía testimonio explícito del alto rango social del difunto, máxime si como en dicho caso, además de concurrir con la única espada de tipo Miraveche recuperada en el cementerio cuando se llevan exhumadas centenar y medio de sepulturas, correspondía a un anciano (Sanz Mínguez 1997, 73-77).

Su hallazgo en una construcción cuatro siglos posterior y su posible deposición, y amortización, coincidiendo con su reforma y ampliación, le otorgan un carácter de auténtica reliquia. Estos objetos de memoria, y su diferente acumulación como capital simbólico en las viviendas, han sido contemplados como uno de los rasgos del modelo de “sociedades de casa” que pudiera caracterizar a la *Gallaecia* bracarense a finales de la segunda Edad del Hierro (González Ruibal 2006-2007, 410-419). Nuestra vaina perteneció, sin duda, a un antepasado de quienes en el siglo I d.C. habitaban la casa que comentamos, habiendo acompañado muy posiblemente a los restos cremados de aquél en su tumba el puñal correspondiente; una forma de proceder que pudo haberse dado asimismo en el caso del guerrero enterrado en la tumba 35 de Las Ruedas, una sepultura de mediana riqueza en la que, junto a cinco vasos cerámicos y un tahalí, comparecía un puñal de tipo Monte Bernorio también, pero no su vaina (Sanz Mínguez 1997, 92-93). La posesión de objetos que en su día pertenecieron a un ancestro célebre y su paso de mano en

mano a lo largo del tiempo no hacía sino, en la medida en que aumentaba su “biografía”, añadirles valor simbólico, al tiempo que permitiría a sus poseedores apropiarse ideológicamente de esos antepasados míticos, al rendirles culto y hacerse entroncar con ellos, legitimarse políticamente y reforzar así su posición social (González Ruibal 2007, 300-304).

Ahora bien, vistas así las cosas ¿cómo explicar que la vaina que nos ocupa fuera amortizada bajo el suelo de una de las habitaciones de la casa en el momento de su reforma y ampliación? En principio lo que hubiera sido de esperar es que la pieza que nos ocupa pudiera seguir siendo exhibida como manifestación indígena de identidad –máxime si, como parece, el modelo tuvo su origen en el Duero Medio, donde alcanzó indudable arraigo frente a otros, como el biglobular, apenas si presente en este territorio (Sanz Mínguez 2002, 96 y 99)–, como una muestra de “resistencia pasiva” en el momento en que el imperialismo romano se hacía notar y de la misma manera en que, no mucho antes, las decoraciones pintadas sobre la cerámica numantina hacían gala de “exaltación de temática indígena” (Wattenberg 1963, 35). Con todo, y aunque su ocultación pudiera indicar que seguía manteniendo un valor identitario y recordar posiblemente la casa de los ancestros –quizás porque a lo largo de los siglos hubiera seguido levantándose sobre idéntico solar–, pudieran traerse a colación otras explicaciones. Cabe pensar, en este sentido, que sus propietarios quisieran mantener su posición social relevante acomodándose a las formas que la nueva situación política requería, adoptando nuevas maneras de hacer visible su estatus, tanto a nivel urbano como funerario. Algo esto último que queda palmariamente patente en las sepulturas más modernas hasta la fecha exhumadas en Las Ruedas, las de su fase V (Sanz Mínguez 1997, 475-476), y particularmente en la tumba 68 fechada en los comienzos de la segunda mitad del siglo I d.C. (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 207-212; 2006, 73-75) o en el hecho de que, frente a su señalización con toscas estelas de piedra, empiecen a marcarse, por esas mismas fechas, con otras talladas, de tipo discoide y con inscripciones latinas, como pone de manifiesto la dedicada a *Attio* (Sanz Mínguez *et alii* 2003c; 2006).

6. Consideración final

A lo largo de las páginas que pretenden cerrar estas líneas hemos podido ver cómo, pese a las reservas que imponen los límites del área excavada en el poblado de Las Quintanas, la ordenación de las viviendas exhumadas, que la contribución de la fotografía aérea pone de manifiesto para los siglos I-II d.C., era ya un hecho en la *Pintia* sertoriana, y cabe presumir que con anterioridad. En efecto, las casas se muestran agrupadas en manzanas, dejan discurrir entre sus traseras un estrecho callejón, que cabe contemplar como pasillo de servicio, y abren sus puertas a calles paralelas de trazado ortogonal, evidenciando así un entramado urbano.

Las viviendas, por su parte, ofrecen, de conformidad con su extensión, diverso número de habitaciones; de esta manera, mientras las más pequeñas y humildes presentan tres estancias y ocupan en torno a los treinta metros cuadra-

dos, las más complejas, cuya superficie parece superar los cien metros cuadrados, llegan a tener hasta diez. Es en el seno de estas últimas en donde ha sido posible discriminar las actividades que pudieron desarrollarse en algunas de tales habitaciones; así han podido identificarse almacenes y despensas, áreas de gestión de los alimentos, tales como las de molturación o cocina, zonas textiles o la llamada “estancia del banquete”. Ello se ha visto sin duda favorecido por el hecho de que el poblado sufriera un incendio, lo que obligó a sus moradores a dejar sus viviendas abandonando muchos de sus enseres, algo que parece más que evidente en el caso de la casa 5, donde no alcanzó a rescatarse el conjunto de aperos ni el grano posiblemente destinado a la siguiente siembra, y aún en el de la casa 2, aquella en la que aparecieron las arracadas de oro, por más que aquí se documentaran indicios de rebuscas posteriores.

El hecho, por otro lado, de que las viviendas de mayor módulo y complejidad primen sobre las más simples en la zona excavada parece indicar que la misma fuera una zona del poblado en la que habitaran gentes de cierto rango, lo que en alguna medida podría venir avalado por el hallazgo en la misma de ciertos elementos de prestigio. No sabemos, sin embargo, a partir de qué momento empezarían a apreciarse estas muestras de diferenciación social en el hábitat, aunque la mencionada “Casa del Sótano” de *Rauda* indica que viviendas de cierto empaque se construían ya entre los vacceos desde finales del siglo III a.C. y aún desde pleno siglo IV si volvemos a recordar la exhumada en *Pintia* en el sondeo de 1985, de la misma manera que no conviene olvidar cómo la propia necrópolis pintiana de Las Ruedas ofrece testimonios más que suficientes de esa jerarquización, pues, al contrario que en otros cementerios del interior peninsular de la misma cronología, en los que el ochenta por ciento de las tumbas entran dentro de la categoría de pobres, aquí la mayor parte de ellas son ricas o semirricas, siendo escasas las tumbas que podríamos considerar humildes.

Bibliografía

ABARQUERO MORAS, F.J., PALOMINO LÁZARO, A.L.:

2006. “Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* vacceo del Cerrato palentino”, *Publicaciones de la Institución “Tello Téllez de Meneses”*, 77, 31-116.

2006-2007. “Simbolismo cenital en el mundo vacceo a propósito de un recipiente de cerámica de Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)”, *BSAA arqueología*, LXXII-LXXIII, 183-209.

BURILLO MOZOTA, F. (coord.):

1990. *Necrópolis celtibéricas*, II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 1988), Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza.

1995. *Poblamiento celtibérico*, III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 1991), Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza.

1999. *Economía*, IV Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 1997), Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza.

CENTENO CEA, I., SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J., GARRIDO BLÁZQUEZ, A.I.:

2003. "Aproximación al urbanismo vacceo-romano de *Pintia*", en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 69-98.

CUBERO CORPAS, C.:

1999. "Agricultura y recolección en el área celtibérica a partir de datos paleocarpológicos", en F. Burillo Mozota (coord.), 47-61.

DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., MORALES MUÑÍZ, A. (eds.):

1995. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L.:

1995. "El poblado "céltico" de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90", en G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero, A. Morales Muñiz (eds.), 149-177.

DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., MARTÍN VALLS, R., SANZ MÍNGUEZ, C.:

1993. "Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero", en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez, Z. Escudero Navarro (eds.), 397-470.

DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z., SAN MIGUEL MATÉ, J.C.:

1995. "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", en G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero, A. Morales Muñiz (eds.), 49-146.

ESPARZA ARROYO, A.:

1995. "La Primera Edad del Hierro", en J. C. Alba López (coord.), *Historia de Zamora. I. De los orígenes al final de Medievo*, Diputación de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" y Caja España, Zamora, 103-149.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.:

1986. *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*, Diputación Provincial de Ávila, Institución "Gran Duque de Alba", Ávila.

GÓMEZ PÉREZ, A., SANZ MÍNGUEZ, C.:

1993. "El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica", en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez, Z. Escudero Navarro (eds.), 335-370.

GONZÁLEZ RUIBAL, A.:

2006-2007. *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.)*, II, *Brigantium*, 19.

2007. "La vida social de los objetos castreños", en F.J. González García (coord.), *Los pueblos de la Galicia céltica*, Akal, Madrid, 259-322.

GUÉRIN, P.:

1999. "Hogares, molinos, telares... El Castellet de Bernabé y sus ocupantes", *Arqueología Espacial*, 21, 85-99.

HERNÁNDEZ VALVERDE, M.:

2003. "Ver para creer: la intervención de limpieza en un conjunto de aperos y ajuares de hierro de *Pintia*", en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 323-333.

MARISCAL, B., CUBERO, C., UZQUIANO, P.:

1995. "Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio antes de Cristo a través de la Paleoetnobotánica", en G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero, A. Morales Muñiz (eds.), 417-454.

MISIEGO TEJEDA, J.C., MARTÍN CARBAJO, M.A., MARCOS CONTRERAS, G. J., SANZ GARCÍA, F. J.:

1997. "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona/El Pesadero", en Manganeses de la Polvorosa (Zamora)". *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"*, 17-41.

MISIEGO TEJEDA, J. C., MARTÍN CARBAJO, M. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., SANZ GARCÍA, F. J., REDONDO MARTÍNEZ, R., DOVAL MARTÍNEZ, M., GARCÍA RIVERO, P. F., GARCÍA MARTÍNEZ, M. I.:

2003. "Excavación arqueológica en el poblado protohistórico de Dessobriga (Osorno, Palencia/Melgar de Fernamental, Burgos)", en J. C. Misiego Tejada, C. Etxeberria Zarranz (coords.), *Actuaciones arqueológicas en la autovía del Camino de Santiago (A-231, León-Burgos). Provincia de Burgos (2000-2003)*, Junta de Castilla y León y Gical, León, 31-91.

OLMO MARTÍN, L. del, SAN MIGUEL MATÉ, L.C.:

1993. "Arqueología aérea en asentamientos vacceos", en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez, Z. Escudero Navarro (eds.), 507-528.

PALOL, P. de, WATTENBERG, F.:

1974. *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid.

RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L.:

1999. "La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el valle del Duero", *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León 1995/1996*, 7, 67-94.

ROMERO CARNICERO, F.:

1992. "Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro", en J. M. Báez Mezquita, *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 175-211.

2007. "Esperando la labranza en *Pintia*. Aperos y grano

en la bodega de una casa del siglo I a.C.”, en C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero (eds.), 103-106.

ROMERO CARNICERO, F., GÓRRIZ GAÑÁN, C.:

2007a. “Actividad textil y evidencias arqueológicas”, en C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero (eds.), 115-118.

2007b. “Banquete y consumo del vino entre los vacceos”, en C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero (eds.), 111-114.

ROMERO CARNICERO, F., ROMÁN MERINO, A.:

2007. “El artesanado vacceo: cerámicas y objetos de adorno”, en C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero (eds.), 119-122.

ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C.:

1997. “Los vacceos: un pueblo en los albores de la historia”, en J. Valdeón Baroque (dir.), *Historia de Valladolid*, Ámbito, Valladolid, 23-37.

ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. (eds.):

1993. *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

SACRISTÁN DE LAMA, J.D.:

1986. *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (*Roa, Burgos*), Arte y Arqueología, 5, Universidad de Valladolid, Valladolid.

1995. “Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”, en F. Burillo Mozota (coord.), 369-372.

SACRISTÁN DE LAMA, J.D., SAN MIGUEL MATÉ, L. C., BARRIO MARTÍN, J., CÉLIS SÁNCHEZ, J.:

1995. “El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”, en F. Burillo Mozota (coord.), 337-367.

SAN MIGUEL MATÉ, L. C.:

1993. “El poblamiento de la Edad del Hierro en el occidente del valle medio del Duero”, en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez, Z. Escudero Navarro (eds.), 21-65.

1995. “Civitas y secundarización de la producción: ¿las dos claves de interpretación del modelo de poblamiento vacceo?”, en F. Burillo Mozota (coord.), 373-380.

SANZ MÍNGUEZ, C.:

1990. “Metalistería prerromana en la cuenca media del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio”, *BSAA*, LVI, 170-188.

1997. *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid.

2002. “Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular”, en P. Moret, F. Quesada Sanz (comp.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.*

VI-II a. de C.), Collection de la Casa de Velázquez, 78, Casa de Velázquez, Madrid, 87-133.

SANZ MÍNGUEZ, C., MARTÍN VALLS, R.:

2001. “Los vacceos”, en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné, J. R. Álvarez-Sanchís (eds.): *Celtas y Vettones*, Catálogo de la Exposición (Ávila, 2001), Diputación Provincial de Ávila, Ávila, 315-325.

SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F. (eds.):

2007. *En los extremos de la Región Vaccea*, Catálogo de la Exposición (Cea, León, y Padilla de Duero, Valladolid, 2007), Caja España, León.

SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J. (eds.):

2003. *Pintia un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición (Valladolid, 2003), Universidad de Valladolid.

SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F., VELASCO VÁZQUEZ, J.:

2006. “Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)”, en *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerárias* (Lisboa, 2005), *O Arqueólogo Português*, Suplemento 3, Museu Nacional de Arqueologia, Lisboa, 63-91.

SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I.:

2003a. “Nuevos testimonios sobre la agricultura vaccea”, en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 99-123.

SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I., GALLARDO MIGUEL, M.A., OLMO MARTÍN, J. del:

2003b. “*Pintia*: nacimiento y desarrollo de un *oppidum* vacceo-romano”, en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 45-65.

SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F., CATALÁN GARRIDO, L., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I.:

2003c. “Las Ruedas de *Pintia*: nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides”, en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 197-220.

TRESSERRAS, J. J., MATAMALA, J. C.:

2003. “Análisis de adobe, pigmentos, contenidos de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de *Pintia*”, en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 311-322.

VELASCO VÁZQUEZ, J., SANZ MÍNGUEZ, C., CENTENO CEA, I.:

2003. “La necrópolis tardoantigua e hispanovisigoda de

Las Quintanas”, en C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez (eds.), 221-247.

WATTENBERG, F.:

1959. *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana,

II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación Provincial de Valladolid, Madrid.

1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación Provincial de Valladolid, Madrid.